



# LA MAYORIA DE EDAD DEL PROYECTO SOCIALISTA

*Amelia VALCARCEL*

**En las elecciones de marzo del 96 por primera vez los votos que reciba cada formación política le pertenecerán. En convocatorias anteriores, bastantes votos han pertenecido a la memoria, a la nostalgia, a la esperanza, eso cuando no han sido directo patrimonio de la rabia o la venganza. Hay inflexiones significativas en el voto que conforma el apoyo que los gobiernos socialistas han tenido estos años. En 1982, la fallida tentativa de golpe de Estado acaba con la paciencia de sectores del electorado de UCD, tímidos para dar un paso de cambio. Siete años después de la muerte del dictador la gente todavía callaba en los lugares públicos cuando oía su nombre.**

**B**ajo esa invocación existía el temor fundado a un golpe de Estado del que se oyó hablar interminablemente hasta que por fin se produjo. Nada estaba

atado, obviamente no lo estaba la continuidad del régimen, pero la transición, incluso con la Constitución aprobada, tampoco. Nadie puede seriamente querer hacer creer que

---

***En 1982, los ciudadanos  
votaron masivamente el cambio  
propuesto por el PSOE  
porque la situación lo requería.***

---

jerarcas de la transición, habilidosos o bien intencionados, aseguraron la democracia. La conciencia de la ciudadanía al principio del año 81 era que cualquier cosa podía pasar, y pasó. Pero una vez que ese temor se concretó en la larga noche del 23-F, una vez que Tejero quedó solo en el Congreso, mucha gente común decidió que ya no aguantaría los paños calientes de una UCD desgarrada en baronías y sin proyecto. Votaron masivamente al partido socialista. Y votaron el cambio porque eso era lo que la situación requería, un cambio.

La siguiente inflexión abarcó un espectro más pequeño pero muy significativo. Cuando en el año 86 el Gobierno decidió la integración en la OTAN, apoyos del partido socialista educados y formados en la cultura de resistencia de izquierda lo vivieron como una traición. De este desengaño se alimentó Izquierda Unida: algunos votantes comenzaron un extraño juego, «votar a la izquierda del PSOE para que el PSOE se vuelva de izquierdas». Esto tuvo incidencia especialmente en sectores que habían hecho la transición, y en el voto joven que a la vez había intervenido en las movilizaciones contra la selectividad universitaria. El ideal podría resumirse así: en el plano nacional, nada que frenara la idea de igualdad. En el internacional, nada que favoreciera al bloque dominante.

La tercera inflexión se produjo en el año 93. Con un PSOE en una disposición mucho más abierta y una posición política mucho más encajada en su propio espacio, el

centro izquierda, el voto intermediado se produjo sólo en los márgenes. Ciertamente que algunos votantes de Izquierda Unida votaron al PP argumentando que eso hacía más daño, peor no eran numéricamente significativos, de la misma manera que otros votantes de Izquierda Unida votaron al PSOE porque lo vieron más útil. Con todo, la masa principal del voto se fue por el centro hacia una derecha magmática que empezaba a tener verosimilitud, puesto que había consolidado liderazgo. Pero ya no se produjo el fenómeno significativo del voto emisario. Ya no se produjo la ilusión de los vasos comunicantes. El panorama político fue relativamente estable y cada uno pudo estar relativamente seguro de lo que había cosechado.

En la actual convocatoria electoral la situación se ha decantado por fin. Nadie votará para que otro actúe. Los problemas del votante son ahora con la propia opción que elige. Y son distintos según cuál elige. Para los votantes del PSOE, las listas son en algunas circunscripciones un problema. Es obvio que el PSOE en esta convocatoria no ha manifestado suficientemente la voluntad de apertura presente en la anterior, sino que posiciones de partido han resultado triunfadoras. No para el común del electorado, pero sí para algunos cuya cobertura y amparo es buena y necesaria; ciertas listas son unas horcas caudinas por las que no se sienten obligados a pasar. Se están produciendo tensiones que quizá podrían haberse evitado.

Para los votantes de Izquierda Unida el problema es el día después. Está claro que su líder no va a conseguir ningún «*sorpasso*»: ni en votos, que ya ha olvidado semejante apelación, ni menos ideológico, dado lo vagoroso o fundamentalista de su discurso. De otra parte, el conocimiento público de sus contactos con el líder del PP desbarata su santurronería. Quienes en esta ocasión le voten, no pueden seriamente pen-

sar que entra en su horizonte la unidad de la izquierda. A decir verdad, incluso es complicado pensar que sea de izquierdas quien permite o facilita que la derecha gobierne en muchas ciudades y algunas comunidades.

Por lo que toca al PP, su desplazamiento hacia el centro lo hace verosímil como alternativa de Gobierno. El enigma es cuanto tiempo se podrá mantener un mensaje errático en el que se une a la modernidad (imaginar a una persona como Aznar modernizando España produce, como poco, asombro), patriotismo autárquico y desarrollo empresarial. Pero, instalados en plena facundia, no se les pone nada por delante. Si se puede decir, como Rato ha hecho, que la «derechona cavernaria está en el partido socialista» es que «si hoy es martes esto es Polonia». Con todo, el voto al PP será tal. Sus votantes tendrán con el tiempo que negociar con su opción las partes más lesivas de su apresurado programa. Esto será particularmente grave en el caso de las mujeres jóvenes, los ancianos y las y los promotores de las pequeñas empresas.

Otra de las características sobresalientes de estas elecciones es que nadie se representa, ni hace tentativa de ello, el día después. De no conseguir mayoría absoluta ninguna de las grandes opciones, los pactos se harán necesarios para aprobar unos presupuestos. Pues bien, el partido socialista ha dejado claro que, en ese caso, habrá de pactar y formar gobierno quien tenga mayoría minoritaria. Sin duda esto contribuye a despejar la situación global, pero el PP no ha dado indicio de ninguna intención. E IU queda descolgada en este escenario, como lo está en los hechos. Los partidos nacionalistas se mantienen en espera. Probable-

mente, ante un panorama tan complicado, el votante prefiere no hacerse composiciones de lugar.

Por último, esta confrontación electoral está especialmente exenta de miedo. Hay en los electores temores fundados a políticas concretas, pero el miedo comunal, como carácter de fondo, no existe. Cada cual parece seguro de las instituciones y de la buena salud del sistema en su totalidad. Y esta convicción no resta, como sucede a menudo en democracias antiguas, deseo de participación. Es de esperar que sea alta. De ella saldrá el panorama político del inmediato futuro para un país que no parece haber perdido el gusto por la política. Y ello pese a los esfuerzos de grupos de presión para su indiscriminado rebajamiento. Pese a cada una de las circunstancias concretas que inspiren recelo, votará una ciudadanía más educada, atenta, vigilante e informada que en el pasado. El contexto político que nos pone al borde del nuevo milenio posee una agradable madurez en sí mismo. Intentar y lograr el destierro del casticismo de la acción común es quizá la victoria regeneracionista de la que todos podríamos sentirnos orgullosos, si por fin lo alcanzáramos.

En este nuevo contexto el partido socialista no tendrá que realizar en solitario, como hubo de hacerlo en el pasado, las transformaciones completas exigidas por el abandono y la impericia de un siglo de atraso. Puede clarificar con nitidez sus márgenes de acción y propuestas. Puede defenderlas desde el Gobierno o desde la oposición. Tiene un proyecto propio claro, una vez que ha rematado las tareas que deberían haber sido comunes. Comienza un nuevo modo de existencia que ha de marcar aún con mayor profundidad la política española.